

Mario Honrubia de 1977 a 1982

Xavier Llimona

Catedrático Emérito de Botánica. Universidad de Barcelona.

xLlimona@ub.edu

Mario estaba a punto de licenciarse en Ciencia Biológicas en la Universidad de Valencia, en donde había sido alumno del simpático y humano Josep Mansanet, cuando se presentó en mi improvisado despacho-laboratorio _que compartía con otro recién licenciado, José María Egea, que había sido alumno mío en Barcelona_ situado en el edificio de Químicas, de la Universidad antigua, con vistas a un patio sombreado por unos inmensos Ficus benjamina. Venía a preguntar por algún tema sobre el que hacer una tesis doctoral conmigo, recién llegado a Murcia como flamante e ilusionado profesor agregado de Botánica. Le propuse iniciar un estudio del componente fúngico de las comunidades vegetales de Murcia y Albacete, un tema sobre el que se tenían muy pocos datos, y sin duda difícil, por la irregularidad de las condiciones apropiadas para dar con los hongos en el momento de formar estructuras esporíferas.

Siempre realista, Mario condicionó la aceptación de la tarea a la obtención de una beca de formación de personal investigador. Egea, que ya estaba trabajando en su tesis de licenciatura y me había acompañado en años anteriores en mi trabajo de campo de liquenología, había solicitado también otra beca. Sería de justicia aclarar de qué comisión fue el mérito de la concesión de ambas becas (23.2.1978), pues esta acertada decisión representó el disparo de salida de una aventura científica y humana destinada, con el tiempo, a llevar la Unidad de Botánica de la futura Facultad de Biología de Murcia a convertirse en un equipo diversificado de excelentes investigadores y docentes de gran prestigio. Para mí, el gradual crecimiento del futuro Departamento de Botánica fue una eclosión científica que es, aún hoy, causa de satisfacción y de orgullo _no del todo legítimo, pues el grueso del trabajo es mérito de un magnífico grupo de personas entusiastas, inteligentes y laboriosas. Yo actué especialmente como sugeridor y director de orquesta, y muy a menudo jaleador de los éxitos e iniciativas innovadoras que se iban sucediendo. Me hubiera gustado que, tras mi partida, hubiera mejor entendimiento entre las individualidades, pero todas las líneas científicas merecían apoyo y era difícil llegar a un equilibrio.

Situémonos pues a mediados de septiembre de 1977. Yo llegaba de Barcelona en mi Citroen 2CV, el vehículo de los

pobres y progres profesores no numerarios de la época. Traía algunos libros de Botánica, y muchas diapositivas, fotocopias y separatas, y algunos valiosos contactos con botánicos, micólogos y liquenólogos franceses y alemanes, a destacar: Malençon, Bertault, Clauzade, Wirth. Mis relaciones con Madrid, especialmente con los Rivas y su escuela, eran buenas. Se pasaba por alto que fuera catalán. La amistad con Ana Crespo y Eva Barreno, entre otros botánicos en ciernes, fueron decisivas para mi prestigio. También conté siempre con el paternal apoyo de Oriol de Bolòs, Creu Casas y su escuela.

Hasta 1974, la Facultad de Ciencias de la Universidad de Murcia constaba sólo de una sección: Ciencias Químicas. Las dos secciones nuevas, Ciencia Biológicas y Ciencias Exactas, empezaron a funcionar en 1975, con un profesorado provisional principalmente formado por químicos, bajo el severo decanato de Antonio Soler padre y el excelente rectorado de Francisco Sabater, de muy grata memoria. Creo que los primeros en incorporarse a la sección fueron Bartolomé Sabater y Mercedes Martín. Yo aprobé las oposiciones en julio de 1977 y me faltó tiempo para acudir a Murcia en busca de vivienda y colegio, pues deseaba adaptarme con toda mi familia a mi nuevo destino. Todos nos murcianizamos sin dificultad, iniciando así los cinco años más productivos y felices de nuestra vida.

El otoño de 1977 resultó excepcionalmente lluvioso. Ello nos permitió llevar a cabo con éxito una exploración micológica, planificada antes de mi traslado, por Bolòs y el Instituto Botánico de Barcelona y liderada científicamente por Georges Malençon, a la que cambiamos una parte de los objetivos para estudiar, entre el 15.10.77 y el 20.10.77 diversos puntos de Granada, Albacete y Alicante (Malençon

& Llimona 1980). La experiencia del gran micólogo francés, discípulo de René Maire y sus extraordinarios conocimientos de campo, nos ayudaron a comprender el interés de la biodiversidad fúngica del SE de España y nos permitieron conseguir los primeros ejemplares y un buen número de diapositivas para la docencia. Al margen de esta campaña, hicimos, aún sin Mario, diversas prospecciones en Murcia (desde 29.10.77). Recuerdo que poníamos a secar los ejemplares sobre los radiadores de la calefacción. Todo ello,

pensando sobre todo en la docencia, y a la espera de saber si por fin llegarían las becas solicitadas para Mario y José María Egea.

Éstas se confirmaron el 23.2.1978 (BOE 8.3.78), con lo que Mario se puso manos a la obra, completando la planificación de las prospecciones. Conservo las notas de numerosas excursiones en las que intervine, junto con Mario. He encontrado unas pocas fotos con grupos de futuros botánicos, llenos de ilusión y de curiosidad. Pese a lo irregular de las lluvias y los escasos períodos en que el aire se mantenía húmedo, todo era nuevo. Dejádme evocar aquí la sensación de *terra ignota*, de afán por explorar un territorio enormemente diverso, en el que todo parecía nuevo y lleno de interés.

Mario gozó siempre de una amplia libertad de iniciativa, eligiendo, a partir de mis pocas sugerencias, las localidades a prospectar, con el criterio de distribuir las por las distintas unidades corológicas del SE de España. En tres años se visitaron 112 localidades, en buena parte prospectadas 3 o más veces y se recogieron 3350 muestras de hongos. Su estudio implicaba limitaciones serias. Para empezar, hubo que reciclar el microscopio del recordado rector José Loustau, para poder observar los detalles microscópicos más sutiles. El capítulo de agradecimientos de la tesis de Mario permite hacerse una idea del esfuerzo que realizamos para conseguir la colaboración de especialistas que nos ayudaran a conseguir bibliografía, revisaran muchas identificaciones y acogieran a Mario en sus laboratorios. Junto a Gabriel Moreno, codirector de la tesis, conseguimos la ayuda de Francisco de D. Calonge, Enric Gràcia, el ya mencionado Georges Malençon, y su colaborador Raymond Bertault, nombres estos últimos que ya forman parte de la historia de la Micología, tiempos en que, siguiendo el ejemplo de Maire, había micólogos "holísticos", con formación de campo en casi todos los grupos de hongos (como la que, en realidad, también le exigíamos a Mario). Una estancia en Lyon, le permitió conectar con Robert Kühner, Jacques Boidin, Alix David, G. Bruchet, Paul Berthet, durante una estancia de verano (1980).

Nuestras antenas estaban dirigidas en todas direcciones. Otros nombres más o menos míticos, que nos parecen ahora sumidos en un remoto pasado, interaccionaron en vida con Mario: Rolf Singer, en 1979, Cornelius Bas, Reinhard Agerer, Rudolph A. Maas Geesteranus, Vincent Demoulin, Emil Müller, Johannes van Brummelen, Leif Ryvarde, Jorge E. Wright, Agnès Parguey-Leduc, Jean-Claude Donadini. El ya mencionado Bertault lo acogió en su propia casa durante una semana (1980) para transmitirle en lo posible su amplia

experiencia en micromicetes. Todo ello nos habla de la simpatía que nuestros esfuerzos en el SE de España despertaba en nuestros colegas de toda Europa. Ya en 1978, en el III Simposio de Botánica Criptogámica, celebrado en Málaga, Mario se presentó, con las limitaciones de una *opera prima*, ante los micólogos españoles y portugueses, y en especial ante los fundadores del magnífico equipo de Alcalá de Henares, con los que establecería lazos de amistad y colaboración. En octubre de 1982, fecha en que me trasladé a Barcelona, Mario había asistido ya a 5 congresos, uno de ellos internacional.

Y es que el ritmo de trabajo de aquella unidad de Botánica era intensísimo. Una inversión aparentemente poco científica, la de un aparato de aire acondicionado, hizo posible que el trabajo no se interrumpiera ni durante los más tórridos meses del verano murciano. Sábados y domingos tampoco parecían contar mucho para José María, Mario, y los discípulos de las primeras promociones, que pronto se incorporaron a la investigación en campos tan diversos como Fitocenología y Fanerogamia (Francisco Alcaraz y Diego Rivera), Briología (Rosa María Ros), Ficología Continental (Marina Aboal), Ficología Marina (Isabel Pérez-Ruzafa). Antes de mi partida se defendieron ya las tesis de José María y de Mario, y poco después la de Paco, Rosa María, Marina y Diego. Me trasladé pues, tal como dice Machado: "Estaba el jardín en flor/ y el jardinero se fue". Todos los que me conocen comprenden seguro que, pese a lo a gusto que estaba en Murcia, no podía evitar servir a mi país, Cataluña. Recuerdo a menudo con nostalgia el entusiasmo que sentí en Murcia. Pero dejaba la Botánica en sabias manos, y me complació luego ser substituido en la cátedra por Juan Guerra, en el que confiaba el grueso del equipo de botánicos.

En cuanto a la docencia, Mario también iba a buen ritmo: prácticas de Botánica General (1978-1985), prácticas de Criptogamia (1982-1985), Teoría de Botánica General (1980-1985 y siguientes). Pronto se convirtió un profesor apreciado por sus alumnos pues, como los demás, explicaba cosas que había visto en la naturaleza, y no sólo lo que estaba en los libros.

Consultando mis libretas de campo, compruebo que el bautizo de fuego micológico tuvo lugar, para Mario, entre 14.4.78 y el 25.4.78, durante la exploración de los hongos vernaes de Albacete, Murcia y Alicante, que nuestro departamento organizó, gracias a una misión científica del estado francés concedida de nuevo a Malençon. Pese al enorme riesgo de no encontrar ni un hongo, pues las primaveras micológicas mediterráneas son breves e

imprevisibles, nuestra temeridad se vio recompensada con numerosos e interesantes hallazgos (Malençon & Llimona, 1983), y siguiendo el rastro de los aguaceros, como los beduinos, pudimos realizar interesantes descubrimientos y fotografiar muchas especies básicas, de gran interés para ilustrar nuestras clases. Incluso nos atrevimos, en 1978, a intentar suplir la falta de lluvias aplicando riegos por aspersión a una parcela situada en el Valle, con la colaboración de ICONA. El escaso resultado obtenido nos enseñó que la formación de órganos esporíferos por parte de los hongos no depende solamente del aporte de agua al suelo, sino de la persistencia de la humedad atmosférica elevada, que sólo suele coincidir con los períodos de lluvia. Otra osadía, que en este caso se vio coronada por el éxito, fue la organización en la Casa de Cultura (29-30.10.79) de la primera Exposición de Hongos celebrada en Murcia.

Una mirada a la tesis de Mario, sin olvidar las limitaciones propias de un trabajo pionero, me produce aún una grata admiración, por la amplia información novedosa que contiene, por las descripciones basadas en observaciones personales (especialmente útiles cuando el material no ha sobrevivido) y por las observaciones sobre la ecología de las especies, especialmente por el intento, que no ha tenido par posteriormente, de describir el componente fúngico de las principales comunidades vegetales del SE de España. Convenientemente elaborado, este capítulo se transformó en un trabajo predecesor de la Micocenología mediterránea (Honrubia, Alcaraz, Gracia & Llimona, 1982 El componente fúngico de las principales comunidades vegetales del SE de España. Lazaroa 4: 313-325).

En mis posteriores intentos por describir el componente fúngico de los pinares y de los jarales mediterráneos he repasado con interés este primer intento, un nuevo capítulo a añadir a nuestras osadías.

Mis recuerdos de un Mario Honrubia joven, risueño, hiperactivo, a menudo irónico, dispuesto a viajar y a relacionarse con científicos diversos, centrado en Rosa en lo referente a los afectos amorosos, se pierden luego un poco por la abducción que sufrí por la Universidad de Barcelona y la "Historia Natural dels PPCC". Cuando acudía a Murcia para juzgar una tesis doctoral, no me atrevía a quedarme los tres días permitidos. Me preocupaba terminar mi programa de Criptogamia, una aventura científica completa, en 90 horas de clase, que no sobreviviría los planes de estudios que la fragmentaron después. Por otra parte, la Liquenología captaba la mayor parte de mi esfuerzo investigador.

Viví con indecible alegría la llegada a la cátedra de José María, de Mario, de Paco, de Rosa y de Marina. Tengo colgados encima del ordenador los dos cuadros que, en parte por iniciativa de Mario, se me dedicó como homenaje en el XIV Simposio de Criptogamia de Murcia. Mi vista va a parar a menudo a la genealogía de hijos, nietos y biznietos científicos repartidos de Alicante a Almería, con alguna ramificación en Madrid y en Chile. Ellos y ellas están realizando una magnífica labor. Los padres esperamos siempre que nuestros hijos hagan lo que nosotros no hemos sido capaces de hacer. En mi caso, esta esperanza se ha visto cumplida con creces.

En cambio, no contaba con una pérdida prematura de Mario. Luchó con firmeza, hasta con optimismo, tan propio del Mario que conocí. Ha evitado esta lenta disolución, más o menos achacosa, en el olvido, que significa la supervivencia. No se oirá, a propósito de él, un diálogo semejante a éste: " _He leído que ha muerto X. _Ah? Pero estaba aún vivo?".

Estoy escribiendo una nota biográfica sobre Francesc de Delàs, que a finales del siglo XIX impartió Botánica, Mineralogía y Zoología en la UB. Murió a los 28 años, dejando algunos trabajos interesantes de Diatomología. Murió a los 28 años, sin dejar escuela. Sacando a la luz su historia olvidada me consuelo de la pérdida de Mario. Él deja una obra científica y una escuela que le sobrevivirá. Y en mis recuerdos, las alegrías de los hallazgos en el campo, en la Sierra de Alcaraz, en el valle de Leiva, en tantos paisajes entrañables, las cervezas compartidas al regreso de las excursiones y tantos proyectos e ilusiones que, en buena parte, se han realizado.

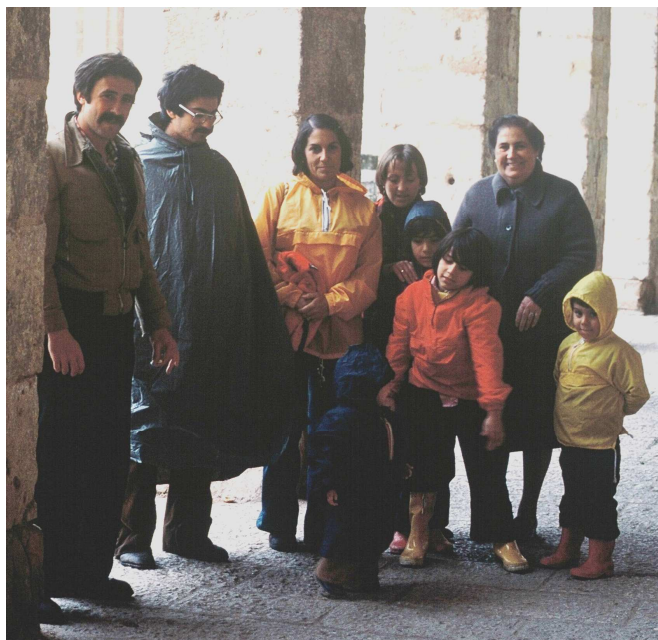


Figura 1. Grupo de micólogos y familiares en Alcaraz 26.5.78. De izquierda a derecha Mario Honrubia, José María Egea, María Elisa Marsal, Isabel.



Figura 2. Visita de Rolf Singer a Cataluña, en otoño de 1979. Prospección en Sant Grau (Tossa). De pie, de izquierda a derecha: August Rocabruna, Josep Girbal, Manuel Tabarés, Martha Singer, Rolf Singer, Eugeni Sierra, Mario Honrubia. Delante, de izquierda a derecha: Enric Ballesteros, Enric Gràcia, Armando Cervi, Néstor Hladun. Foto J. Girbal.



Figura 3. 19.4.78 Expedición micológica sobre hongos vernaes: Enric Gràcia, Mario, Teresa Estañ, Isabel, Farners, Egea, María Elisa, MM Malençon, Georges Malençon, Pere Claver (no reconozco a los demás). Foto X. Llimona).



Figura 4. 10.2.79 Cumbre de Carrascoy, Mario, Perín, x, Teresa Lozano, Paco Alcaraz, José M^a Egea. (Foto X. Llimona).



Figura 5. 15.5.79 Cursillo de Doct. de Liquenología. Cresta del Gallo. X, Jorge G. Rowe, Llimona, Juan Teodoro Corbín, X, Mario, José M. Egea, Manolo Casares, X. (Foto T. Estañ).



Figura 7. 24.4.78 Trabajo de campo en El Carche, con nuestro querido Land-Rover. Mario, Malençon, Egea (Foto Llimona).



Figura 6. La primera promoción de Biológicas, en excursión a Cala Reona (Palos). El único profesor visible es Ángel Hernández-Cardona (al final). Ni Mario ni José María aún no lo eran. (Foto Llimona).